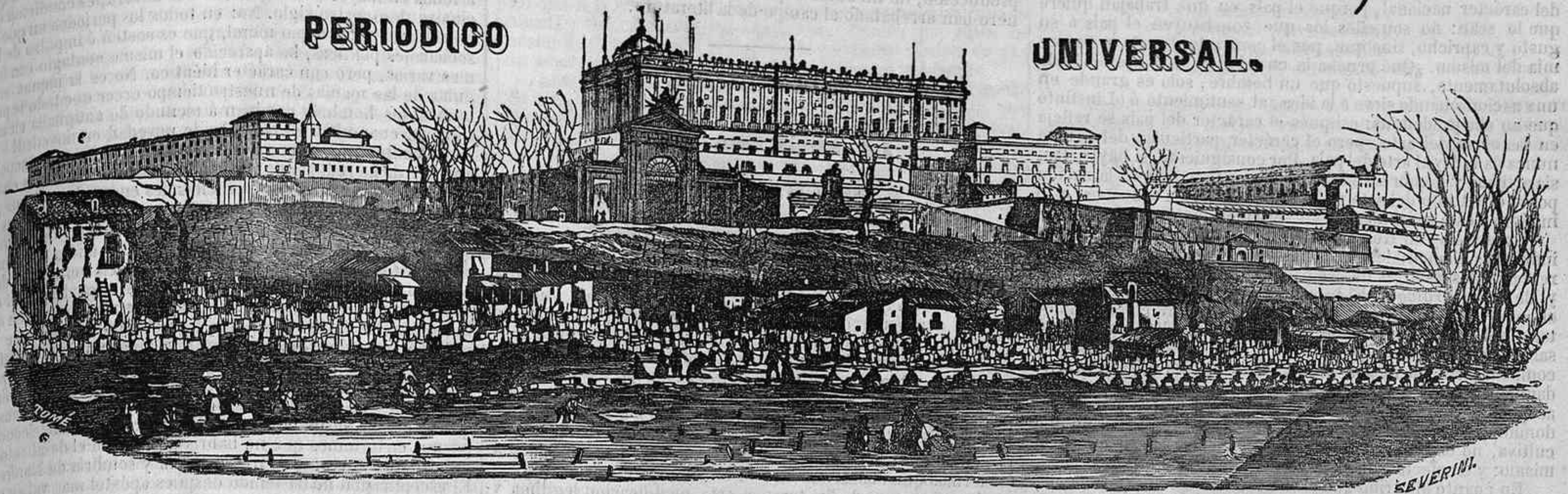


# LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.  
Número suelto 4 rs.

NUM. 51.—SÁBADO 20 DE DICIEMBRE DE 1851.  
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.  
Ultramar y extranjero: Año 80.

## REVISTA DE LA ESPOSICION DE RUSIA.

[ARTICULO SEGUNDO.]

Ya hemos indicado que la introduccion de la Rusia en el concierto universal por las puertas de la industria es un acontecimiento muy notable, propio para admirar á los que solo examinan el lado superficial de las cosas; pero para aquellos que las penetran hasta el fondo, y en cuyos juicios imparciales no influyen las cuestiones de fórmula, los rusos tienen las mismas razones para ser industriales que los americanos, precisamente porque su situacion política es diametralmente opuesta á la de estos últimos. Algunos motivos tenemos para saber que los debates políticos lanzan á los individuos fuera de la esfera industrial, y que á veces arruinan las naciones paralizandole el consumo, que por su parte detiene por necesidad la accion productiva. Y como en Rusia no se discuten las leyes, gozan sus moradores de las mismas ventajas que los americanos, que obran del mismo modo.

En segundo lugar, tan indiferentes se muestran los rusos á las revoluciones del palacio de los Czares, como los americanos respecto á las mudanzas de sus ministros: así es que tanto á las orillas del Neva como á las del Hudson, todo movimiento popular es pura y sencillamente local, no compromete á la sociedad, y deja por consiguiente que permanezca tranquilo el resto del territorio.

La Rusia, pues, lo mismo que la América, cuenta á la industria como su principal centro de actividad, y nadie puede dudar de que su marina y sus caminos de hierro hubieran adquirido inmenso desarrollo, si el Mediodía de Europa no la tuviese, hace ya sesenta años, con el arma al brazo y dispuesta á echar el *quien*

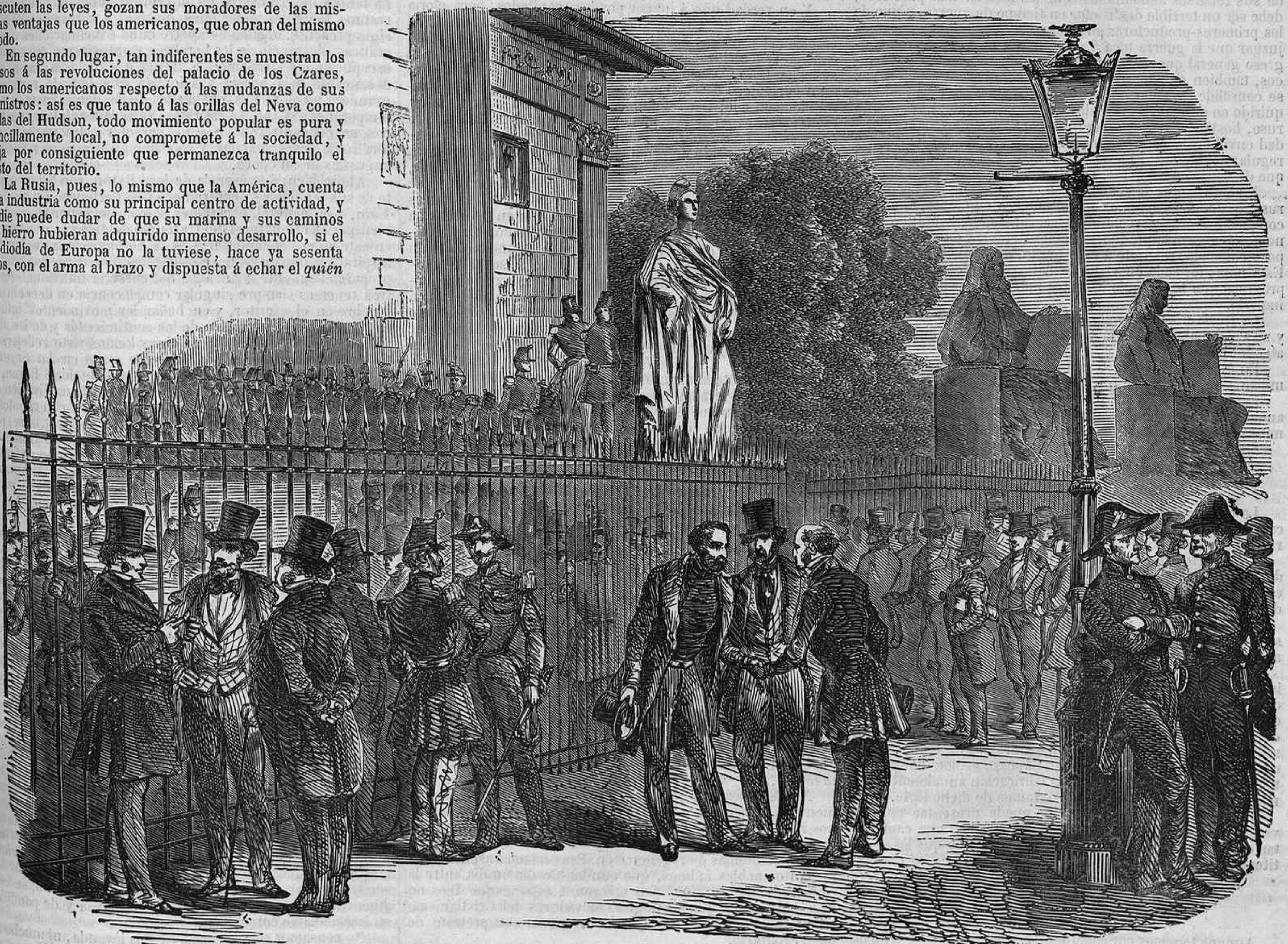
*vive*. La Rusia, en efecto, con las condiciones geográficas de los Estados-Unidos, llenaria hoy probablemente todos los mercados del mundo con sus producciones, porque al carácter acomodaticio de los chinos unen sus naturales la flemática tenacidad de las razas anglo-sajonas.

Se cree y se dice que el ruso no puede ser artista porque es esclavo. Esta es una equivocacion: el ruso se constituye esclavo, lo cual no es lo mismo.

Tampoco nos parece que se haya probado hasta ahora que el estado de dependencia sea contrario al arte: por el contrario, la miseria, que es el término fundamental de toda dependencia, supuesto que el pobre pertenece al primero que quiere proporcionarle alimento, es tambien la verdadera productora de las mas ingeniosas y mas útiles invenciones, lo cual se explica perfectamente, si se atiende á que el arte no es, propiamente hablando, mas que la percepcion de lo ideal. Para

el hombre bien establecido, para el que nada ambiciona, para el que de nada necesita, lo ideal no subsiste en las regiones de la fantasia, sino en la de los hechos: los que lo ven y lo tocan estan dispensados de imaginarlo, y esos hombres no pueden por lo mismo ser artistas ni inventores, sino consumidores. Ahora bien: por un efecto inverso de la misma razon, el que vive entre privaciones, en una dependencia excesiva, y que sin embargo desea variar de suerte, reúne todas las fuerzas de su imaginacion, y separando la vista de la realidad, que para él nada representa, se lanza en los espacios de lo ideal: entonces encuentra el secreto de alguna invencion útil, y enriquece las artes.

Los viajeros observan, y con razon, que la clase industrial se compone generalmente en Rusia de extranjeros. Pero ¿se sigue de aqui que los rusos no sean, no puedan ser artistas? Aunque los mas afamados pintores y los mas grandes músicos



El ingreso á la Asamblea Nacional francesa, en el acto de disolverla.



han sido italianos y alemanes, ¿debemos concluir que los naturales de otros países nada entienden de música ni de pintura? El artista y el comerciante son los agentes verdaderos del carácter nacional, porque el país en que trabajan quiere que lo sean: no son ellos los que constituyen el país a su gusto y capricho, sino que, por el contrario, toman la fisonomía del mismo. ¿Qué prueba la cualidad de extranjero? Nada absolutamente, supuesto que un hombre, solo es grande en una nación cuando sirve a la idea, al sentimiento ó al instinto que en ella predomina: así pues el carácter del país se refleja en las obras del arte, pero el carácter particular del artista nunca da la ley al arte del país. Por consiguiente, si hay en Rusia artistas y hombres industriales, consiste en que la nación posee el instinto del arte y el sentimiento de la industria: este instinto y este sentimiento son verdaderamente nacionales.

Existen hoy en Rusia dos industrias muy adelantadas, dos industrias elementales, cuyo desarrollo debe hacer que florezcan todas las artes de ese país: hablamos de la *agricultura* y de la *mineralogía*. El paisano ruso, adicto á su suelo por el poder de un afecto tradicional, se considera como propietario del mismo, olvidando, ó no habiendo llegado jamás á saber, que el arrendamiento que paga al señor, destruye completamente la ilusión de sus pretensiones: paga el arrendamiento, como pagaría en otra nación las contribuciones; acepta, ciertamente, otro amo cuando el primero enajena su dominio; pero como siempre permanece sobre el terreno que cultiva, no cree que este puede pertenecer á otro que á él mismo: y en efecto esta es la verdad, supuesto que la cree.

En cuanto al cariño que el aldeano ruso profesa á su suelo, contribuye muchísimo á la superioridad de la industria agrícola del imperio, porque no hay duda en que el que cultiva con gusto y satisfacción de las producciones que obtiene, cultiva bien; así como es indudable que la propiedad menos dudosa es aquella que se cree poseer: por consiguiente, el labrador ruso que se juzga propietario del terreno que trabaja, lleva grandes ventajas á los de otras naciones.

Respecto á la mineralogía, puede asegurarse que en ningún país del mundo ha sido estudiada esta ciencia con tanta profundidad como en Rusia: las primeras inteligencias del Estado son las que precisamente se han dedicado con mas perseverancia á este objeto, que constituye uno de los principales vendedores de la riqueza del país, y que abraza en germen todas las clases de industria, á las cuales deben su ilustración las naciones civilizadas. Los americanos, tanto los del Sur como los del Norte, ven todos los años en sus escavaciones mineras delegados del gobierno ruso, que llevan por objeto estudiar las circunstancias geológicas de los diferentes minerales, y familiarizarse con todos los métodos de investigación y explotación. A estos estudios especiales deben los rusos indudablemente los fecundos y magníficos trabajos que prosiguen sin descanso en el Oural y en las entrañas de la Siberia.

Creemos por lo tanto que un país que reúne á la riqueza de sus recursos alimenticios la de los metales mas preciosos, debe ser un terrible destructor en tiempo de guerra, y uno de los primeros productores en tiempo de paz. Y como debemos juzgar que la guerra toca á su término, en vista de ese congreso general que se nos ha presentado de productos pacíficos, también opinamos que la Rusia solo espera á que la paz se consolide para dar á las artes un impulso, que ya han adquirido en su suelo la agricultura y la mineralogía. El gobierno ruso, hostil á las bárbaras y ruinosas agitaciones de la ociosidad envidiosa y espoliadora, protege el aumento legítimo y regular del bienestar privado, así como la prosperidad general que descansa en las artes, en la industria y en el comercio.

Y ahora, antes de concluir con el examen de la Exposición rusa, lo que verificaremos en el número siguiente, vamos á completar las observaciones precedentes, presentando una nota que abraza la producción manufacturera de un país muy poco conocido, respecto á este punto, en el resto de Europa. Esta nota, formada en vista de datos auténticos, prueba el progreso que han tenido las artes industriales en aquel vasto imperio.

La Rusia posee un millón de establecimientos de hilados, y mas de cuatrocientas fábricas de tejidos y estampación de algodones.

En el Mediodía de su territorio se cuentan mas de veinte millones de cabezas de merinos.

Esporta por valor de veinte y cinco millones de francos anuales en lanas, y emplea en sus fábricas mas de seiscientos mil kilogramos de seda.

Sus producciones metálicas son:

140 millones de kilogramos de hierro,  
30,000 kilogramos de oro de la Siberia,  
16,500 kilogramos de plata.

La explotación de la platina, que se hacia en grande escala, ha cesado casi enteramente desde la supresión de los rublos de este metal.

La exportación general de la Rusia llega á la cifra anual de 450.000.000 de francos en Europa, y de unos 50.000.000 en Asia. La de sus granos asciende por lo regular á 80.000.000 de francos por año.

También esporta mercancías manufacturadas, cuyo valor sube á la suma de 40.000.000 de francos. Su importación es algo mas considerable.

Por último, lo que puede dar una idea mas aproximada del incesante aumento de sus manufacturas, es la circunstancia de que, además de la enorme cantidad de materias para tintes que produce el país, importa para sus fábricas por valor de 28.000.000 de francos. Lleva, por ejemplo, de Europa un millón y doscientos cincuenta mil kilogramos de grana y trescientos treinta mil de Asia: en el Cáucaso explota doble cantidad; de modo que reúne para la fabricación anualmente tres millones y ciento sesenta mil kilogramos de dicho tinte.

Creemos que ninguna nación puede presentar para la verdadera apreciación de sus trabajos fabriles, una cantidad tan considerable de una de las primeras materias que los constituyen.

Aunque tenemos por costumbre no insertar juicios críticos sobre obras que publicamos, hemos creído deber hacer una excepción en el siguiente notabilísimo artículo que nos dirige

desde París el conocido escritor D. Leopoldo Augusto de Cueto, ministro residente que fué no há mucho en Dinamarca. No dudamos que nuestros lectores verán con placer esta notable producción, de un autor á quien sus ocupaciones de otro género han arrebatado al campo de la literatura.

## CRITICA LITERARIA.

### LA SEGUNDA VIDA.

EPISODIOS DEL SIGLO XIX,

de D. José Heriberto García de Quevedo.

Es indudable que estamos pasando una de aquellas grandes crisis de que las sociedades humanas no salen sino disueltas ó regeneradas. La civilización moderna, tan brillante y tan engreída, no ha hecho mas que reemplazar con la disolución, es decir, con la incertidumbre y con la lucha, la herencia de una organización en que, al lado de los principios morales de verdad y de justicia eterna, que son y serán siempre indispensable fundamento de toda sociedad humana, se hallaban también dominando aquellas verdades relativas que el tiempo altera, y que tienen que amoldarse por necesidad á las formas que sucesivamente va tomando la civilización.

Pero en vez de limitarse á esta modificación legítima y provechosa, han empezado por arrasar completamente el edificio donde en otro tiempo se encerraba la llama vivificadora del idealismo y del entusiasmo, y que coronaba la fé cristiana con su luminosa aureola. Sin la barrera moral de la fé y de la autoridad, aun aquellos principios que son hijos de la filosofía y de la razón, se convierten en instrumentos de destrucción. El libre examen, por ejemplo, ha desencadenado con audacia infinita el espíritu de negación, suscitando en el orden moral, religioso y político, problemas cuya sola existencia hiela el corazón y consterna el entendimiento. Hay quien pregunta seriamente si la propiedad, la familia, el gobierno, la responsabilidad moral del hombre, son elementos inseparables de toda organización social, ó meros andadores que han podido ser útiles para sostener á la humanidad en sus primeros pasos, pero que la humanidad viril debe romper.

A tan deplorable estravio conduce la noble facultad del criterio humano, cuando entregada á su propio orgullo olvida que no hay senda segura fuera de las verdades reveladas por el Cristianismo, y que el hombre que aspira, sin contar con Dios, al descubrimiento de esa soñada perfección social que no cabe en nuestra naturaleza, confunde á pesar suyo su razón con el impulso de las pasiones y con los caprichos del individualismo.

Y en verdad que á juzgar por los resultados, poca gloria cabe á las escuelas incrédulas de los tiempos modernos del empleo del principio del libre examen. ¿Qué bienes ha traído consigo esta civilización decrepita que han creado y de la cual se hallan tan envanecidos? Si ha llegado, como es innegable, á un portentoso desarrollo en el orden material, ¿qué ha conseguido con ello? Dar refinamiento y extensión á los goces, y exaltar y propagar de este modo nuestros malos instintos. Pero en la esfera moral, la mas noble y pura de la naturaleza humana, y única capaz de producir felicidad cierta y duradera, ¿qué hemos ganado? Esa filosofía decantada, ó por mejor decir, ese hacinamiento de filosofías rivales y contradictorias, ¿qué ha acarreado en pos de sí mas que la pérdida de las creencias y de los respetos humanos? Nada ha creado: su poder se ha limitado á destruir. Todas las tradiciones y todos los prestigios, verdades de épocas y sociedades pasadas que constituían su fuerza y su existencia misma, han caído al soplo del moderno *filosofismo*; y al aniquilar esas verdades, ¿con qué verdades nuevas las han sustituido? Ni siquiera han llegado á demostrar el error de las creencias pasadas. No han logrado mas que hacer dudar de ellas. Pero por desgracia la duda es casi la muerte para las verdades fundamentales del orden moral.

En balde entendimientos sanos y sinceros, é imaginaciones poéticas y elevadas intentan sacudir las cadenas de este materialismo con que la civilización presente nos liga, y hacer renacer la fé en los corazones y el espiritualismo en la fantasía. La fé no se elabora sistemáticamente, y cuando llega á apagar esa llama fecunda y sagrada, solo la mano de Dios puede encenderla de nuevo en el corazón de los hombres. Es de observar que los mayores poetas filósofos de los últimos tiempos se esfuerzan por creer; pero no creen en realidad: los hombres de su misma época no podemos alucinarnos, porque aun los mas creyentes llevamos á pesar nuestro en el fondo del alma alguna parte del contagio. Aleccionados por la experiencia, convencidos de que hemos comprado demasiado caro las ventajas deslumbradoras de esta civilización insolente que nos hace dudar de todo y nada nos enseña: movidos por un instinto secreto de conservación; y mas que todo, angustiados por el vacío que sentimos á despecho nuestro, volvemos naturalmente los ojos á los tiempos pasados, buscamos la fé como única tabla de salvación, y trocáramos acaso de buen grado nuestra desdeñosa ciencia, de que no estamos muy seguros, por un poco de ese misticismo sincero que está tan lejos de nosotros, y, digámoslo sin rubor, por algunas de aquellas anatematizadas preocupaciones que no eran al cabo mas que yerros consoladores y alimento inocente de las poéticas necesidades de fantasía de que Dios dotó á todos los hombres.

No desesperamos sin embargo, y rehusamos obstinadamente dar crédito á esos profetas cándidos ó temerarios que nos repiten continuamente que asistimos al último acto del drama de la humanidad. Aun hay en medio de nuestra decadencia síntomas de regeneración. Esas mismas aspiraciones de tantos nobles ánimos, que cunden de día en día entre la juventud ilustrada, nos dan margen á esperar que Dios no nos abandona, y que los dogmas salvadores del Cristianismo triunfarán al cabo de los que lo destruyen con pretexto de perfeccionarlo!

La confusión de ideas de nuestro tiempo ha producido en las almas de alto temple una mezcla extraña de indignación y

desaliento, de escepticismo y de amor á la fé, que como en todas las épocas análogas ha encontrado su expresión poética. Error común es creer que esta ardiente misantropía, este encanto de la vida, este amargo *positivismo*, enfermedad que á todos en mayor ó menor grado nos devora, es condición exclusiva de nuestro siglo. No: en todos los períodos, es condición que ha relajado el principio moral, que es sostenido é impulsado por sociedades políticas, ha aparecido el mismo contagio de las mas variadas, pero con carácter idéntico. No es la menos sintenece: los hombres caminan á menudo de antigua en antigua, cuando creen caminar de novedad en novedad!

¿Cuántas veces ha visto la historia del mundo escuelas audaces de incredulidad, movimiento ascendente de las clases inferiores, desesperación de sociedades enervadas por sus luchas y corrupción: en ella se advierte siempre el sello de agonía, de cansancio, de encono, que existe ahora en el sello de nuestros sentimientos morales. La Grecia conoció el desencanto moderno: tuvo su *spleen*, y lo designaba con el despresivo nombre de *athumia*. Roma, aun en los tiempos en que la decadencia estaba escondida bajo el velo del lujo y de los placeres, cuando, según la expresión vigorosa de la antigüedad misma, *se habría vendido si hubiese encontrado comprador*, se hallaba corroida por esa vaga inquietud, por esa llaga que Lucrecio ha pintado en el libro tercero de su elocuente gurgullo de Fausto, ni la ironía audaz y sombría de Manfredo. El escepticismo no ha tenido despues apóstol mas vehementemente ni mas inspirado. Para atacar la Divinidad y la inmortalidad del alma, para vilipendiar la gloria, para enaltecer la muerte y la nada, para despreciar en fin todas las esperanzas y todas las creencias poéticas, halló aquel genio singular los acentos sublimes que solo nacen del entusiasmo y de la fé. Su religión fué *no creer*, y empleó en este impulso negativo todo el calor de su alma impetuosa.

Hasta en la literatura de los Padres de la Iglesia se citan ejemplos de esta inquietud que sentimos hoy día; y en el mismo Shakspeare, casi todavía dentro de la edad-media que ignoraba la duda, ya aparece esta enfermedad funesta, aplicada nada menos que á la vida futura del hombre; cosa bien extraña por cierto en un tiempo en que preponderaban las ideas del púlpito cristiano, el cual nunca ha presentado como enigma á la muerte. Cuando oímos á Hamlet, meditando sobre el suicidio, exclamar: *«Morir!... dormir: dormir!... soñar tal vez!... Y eso es lo que nos detiene!... ¿Qué hay mas allá de la vida?»* No estamos lejos de sospechar que este personaje, eminentemente esceptico, sea uno de los ascendientes de los héroes de Byron.

Semejante situación moral, que ha encontrado su expresión poética en todos tiempos, y aun en los mas agitados, que no son como generalmente se dice contrarios á la inspiración, ha tenido en el nuestro un intérprete sublime. Lord Byron resume todas las emociones diversas y contradictorias del siglo presente: orgullo de ilustre cuna é inclinaciones democráticas, desprecio de los hombres y entusiasmo reformador; escepticismo é idealismo; la ironía que todo lo amengua y desencanta, y la poesía apasionada que todo lo reviste de grandeza y color. Las cualidades de los demás poetas contemporáneos suyos, ya satíricos, ya sentimentales, ya místicos, se concentraron en aquel carácter extraordinario, que idealizó la desesperación, y se erigió en eco universal de las angustias de su época.

Ahora bien: á la escuela de lord Byron, con la mayor parte de sus tendencias y contradicciones, pertenece *La Segunda Vida*, y en general, el carácter poético del señor Quevedo, si bien por efecto natural del trascurso del tiempo, se advierten en este menos encono y mas fé. Y no hay solo la analogía de inspiración hija de los mismos impulsos sociales, hay también proporcionalmente la analogía del carácter individual. Nosotros tenemos siempre singular complacencia en descubrir al hombre en el escritor, y en hallar los movimientos íntimos de su alma en la expresión de los sentimientos y de las ideas de sus personajes, y en pocas obras hemos visto reflejarse el espíritu de su autor tan claramente como en *La Segunda Vida*. El señor Quevedo, á la manera de lord Byron, ha mezclado en su poema la elegía y la sátira, la meditación sosegada y el arranque lírico. Estos elementos divergentes se amalgaman perfectamente en su sistema poético, libre, pero desordenado é incapaz de sujetarse á embarazosas trabas.

Por lo demás, el desaliento y la melancolía que se traslucen en *La Segunda Vida*, están lejos de aquella misantropía salvaje que hacia decir al mismo Byron, «que habia vivido entre los hombres sin ser uno de ellos»: *with them, but not one of them*.

Lord Byron al cabo habia recibido de la sociedad sobre la cual lanzaba primero sus iracundos anatemas y mas adelante sus sarcasmos, condiciones de felicidad. Ilustre, rico y libre, nunca tuvo ocasión de experimentar por sí propio, como el señor Quevedo, cuánto amarga al que se siente corazón sano y temple no vulgar, el verse pospuesto en la escala del mundo al charlatanismo calculador y á la vanidad descarada, que tan fácilmente se entronizan. Una explosión de soberbia implacable fué el único móvil que en la sátira *Bardos de Inglaterra y Criticos de Escocia*, despertó el genio acerbo y agresor de lord Byron.

Además, el señor Quevedo ha escrito su poema en esa edad en que el alma ha tomado su indole propia, en que el entendimiento no se forja ya ilusiones químicas, en que se conocen los hombres, en esa edad, en fin, en que se empieza á palpar el desengaño, y en que están para caer las últimas hojas del árbol de ilusorias esperanzas que se crea siempre la juventud. ¿Qué extraño es pues que la emoción dolorosa de su alma se haya comunicado á sus versos? Habiendo formado el propósito de presentar un cuadro de costumbres contemporáneas, ha visto desde luego la mezcla confusa de elementos, ya legítimos ya bastardos que constituyen el fondo de la sociedad: sus pasiones buenas y malas, su egoísmo, su ciega afición á los deleites, su espíritu de injusticia y de pandillaje, su irremediable corrupción.

No pensamos seguir paso á paso la leyenda, ni mucho menos hacer de ella ese llamado análisis, que por diestro que sea, mutila y desfigura completamente la acción. Nuestra



crítica no tiene por objeto dar á conocer *La Segunda Vida*, sino juzgarla, y por consiguiente solo se dirige á los que han leído el poema. El plan, aunque por confesion propia del autor, ha resultado, no de la meditacion prévia, que nunca debe desdenarse, sino del azar caprichoso de la inspiracion del momento, no carece de sencillez ni de claridad; pero á cada paso embarazan su marcha episodios y digresiones infinitas de toda especie, y esta falta de órden y de sobriedad hace parecer la accion incierta y laboriosa. En este punto no transigimos con el sistema adoptado en *La Segunda Vida*. En balde se afirmará que es consecuencia inevitable de la energía que devora al poeta y agita su fantasia en direcciones opuestas: en balde se alegarán ejemplos ilustres: en balde se dirá que lo que pierden de este modo las composiciones dramáticas ó novelescas en concentracion y en armonia, lo ganan en vuelo y desembarazo. Nosotros contestaremos que no admitimos nunca que el interés del argumento se sacrifique hasta el punto de hacerlo servir como de pretexto á la expresión de las ideas y sentimientos mas heterogéneos é incoherentes: que es achaque de las épocas de transicion confundirlo y asimilarlo todo: que la unidad de pensamiento no es regla arbitraria de escuela, sino verdad eterna que enseñan la razon y la filosofia de las artes: que apartarse de ella no puede dejar de desvirtuar el efecto de cualquiera obra intelectual: que esta unidad no es incompatible en manera alguna con los raptos mas atrevidos de la imaginacion; y por último, que está en toda la naturaleza, donde vemos siempre juntas la variedad y la armonia.

Los caracteres de los personajes están en general diestramente trazados, y tienen el mérito esencial de reproducir en bien ó en mal tipos de la época en que vivimos. El de Gruner, que es el de fisonomía mas determinada, está lleno de consecuencia y de verdad. Es el joven de instintos generosos de nuestro tiempo, que si bien incapaz de faltar á ellos, se resiente algun tanto de la sociedad gustada en que vive, y muestra cierto viso de fria impassibilidad hasta en sus mas profundas emociones. Tráslademos á Gruner por un instante á una época de entusiasmo y de fé: hagamos de él el Romeo antiguo, y sus afectos cobrarán entonces todo el calor de su alma, y no podrá esperar tres años la aclaracion de las dudas de que dependen su desgracia ó su felicidad, ni irá, en el momento mismo en que acaba de matar á Neumann, á pasearse por los Campos-Eliseos meditando sosegadamente sobre la magnificencia de la creacion y las vicisitudes de los tiempos.

El carácter de Neumann, perverso y artificioso, está bien presentado; pero no aprobamos la especie de purificacion que el autor le concede al morir, y que no alcanza á hacer simpático tan odioso personaje. Estos movimientos elevados del corazon, esas heroicas abnegaciones se esplican desde luego y conmueven en el hombre á quien la pasion lanza en el estravio y hasta en el crimen, pero no en el infame que deliberada y pérfidamente se vale de un narcótico para abusar de una infeliz, á quien deja en seguida entregada sin compasion á la desnudez y á la indigencia. El *servetur ad imum* es á nuestros ojos otra de las reglas filosóficas de la literatura, que nunca conviene infringir.

El carácter que reúne en abundancia amor, idealismo, atractivo, es el de Julietta. Los poetas conciben estrañas ideas, y no es una de las menos singulares la que ha ocurrido al señor Quevedo de hacer vivir con nuestras prosáicas costumbres la poética figura de la Julietta de Shakespeare. Esto da á su leyenda un interés particular, pues no es fácil que el lector olvide el contraste de los tiempos y de las situaciones. Al parecer ha intentado el señor Quevedo oponer el materialismo presente al espiritualismo pasado; pero en la especie de metempsicosis á que condena á Julietta, ¡cuánto ha perdido la infeliz! En la poética esposa de Romeo toda la existencia es el amor, el amor absoluto, ciego, infantil de la naturaleza: en la Julietta moderna, arrastrada por los vaivenes de la suerte en el polvo de los cafés y de los teatros, el amor no es menos puro ni menos profundo; pero es mas contenido, mas desconfiado, menos expansivo: refleja los miramientos de una sociedad artificiosa. Sin embargo, su pasion escita verdadero interés, porque está pintada con calor y delicadeza suma. La controversia entre el corazon y el entendimiento en que con tanto ingenio describe el autor á la entrada del cuadro quinto la incertidumbre que atormenta á Julietta, bastaria para hacer simpática esta figura, la mas bella del poema. La Julietta de ahora, mas grave, mas melancólica, mas cansada de la adversidad, tal vez no discutiria con Romeo, como lo hace la inadvertida Julietta de Shakespeare, á fin de que aquel cometa la imprudencia de permanecer mas tiempo en su alcoba, sobre si el canto que se oye es el del ruisenor, ó el de la alondra precursor del alba; pero no por ello deja de sentir ese amor sublime,

eslabon invisible que encadena  
un ser al otro ser con firme lazo,  
fuente de toda dicha y toda pena,  
eterno, oculto, omnipotente brazo.

Mas nos dejamos arrastrar demasiado de la afición á comparar tiempos distantes que despierta el pensamiento fundamental de *La Segunda Vida*, y nos olvidamos de una circunstancia capital del carácter de la heroína. El señor Quevedo la hace incrédula hasta el ateísmo, y esto no se lo perdonamos por mas que esté calculado para producir el efecto final, y por mas que tenga en su apoyo, aunque con muy diferentes condiciones, el ejemplo de Mr. Octave Feuillet, cuyo ingenioso é interesante proverbio titulado *Rédemption* ha inspirado visiblemente al aparecer dicho efecto final, así como otros resortes esenciales de *La Segunda Vida*. El amor y la caridad no suelen amalgamarse con el ateísmo, mancha que todo lo empaña; y por otra parte no bien conoce el lector ese cáncer mortal del alma de Julietta, se desvanece irremediablemente el perfume santo y puro de que hasta entonces estaba rodeada. ¡Atea! ¿Y por qué? Esa muger casi divina que debe á un ángel la existencia y la iniciacion de las cosas del mundo en que va á vivir, que siente la llama de todas las virtudes, que socorre al menesteroso, que lleva en su alma escogida el fuego de las artes, ¿cómo puede en medio de tantos magníficos instintos ignorar cabalmente el mas espon-

táneo y el mas poderoso de todos, la adoracion de la Divinidad?

¿Y cómo ha de abrigar incredulidad tan ciega quien ama con pasion? ¿Amar, no es ya creer?... Pero Julietta, para abrir los ojos á la luz, necesita saber además con evidencia que es amada y ver realizadas sus esperanzas. Parece que antes de acatar á la Providencia le impone la condicion egoista de que su amor sea venturoso! Esto ni es poético ni verdadero.

Aun no hemos hablado del mérito del poema bajo el punto de vista lírico. En este terreno solo alabanzas tenemos que dirigir al señor Quevedo. Los vuelos de rica y varia poesia abundan en *La Segunda Vida*. La balada *La pobre madre* es un cuadro acabado de desgarradora melancolia. Es de grande efecto el contraste de una desventurada familia que está espirando de hambre y frio á las puertas de un palacio donde se celebra un espléndido festin:

Allá dentro los sonidos  
se escuchan de alegre orquesta;  
que es ostentosa la fiesta,  
la mansion casi real:  
adentro las fuentes todas  
de la terrestre ventura,  
oro, talento, hermosura,  
véense en confuso monton;  
y afuera responde  
la siniestra voz:  
«¡Dad á vuestro hermano  
por amor de Dios!»

Este cuadro está concebido y expresado con la verdad del corazon. Imposible es leer esta balada sin emocion profunda, y este es el mayor encomio que puede hacerse de ella. Quisiéramos copiarla entera, pero tememos la falta de espacio, y habremos de limitarnos á transcribir las siguientes estrofas:

Entran al régio sarao,  
y de allí al salon de juego,  
do se apiña enjambre ciego  
con el ansia de ganar.  
Y rueda en la mesa el oro  
á diez fortunas bastante,  
mientras la turba anhelante  
ni aun se atreve á respirar.  
Cada cual su carta espera,  
no hay amigo para amigo,  
que es todo el mundo enemigo  
ante el metal corruptor;  
y en tanto prosigue  
en la calle el son:  
«¡Dad una limosna  
por amor de Dios!»

Y la mudable fortuna  
á este sume en la pobreza,  
á aquel colma de riqueza,  
pero corrompe á los dos;  
que no hay virtud que resista  
á la codicia del oro,  
y hay quien por corto tesoro  
vende ley, y patria, y Dios!  
¿Qué importa á la noble turba  
lo que pasa por de fuera?  
¿Qué importa que lastimera  
suene en la calle la voz:  
«Por piedad, señora,  
caballero, vos,  
dad á una infelice  
por amor de Dios?»

A impulsos del hambre y frio,  
el corazon en pedazos,  
ve la madre entre sus brazos  
su hijo menor espirar:  
pierde el juicio la cuidada  
á tan suprema amargura,  
y á la yerta criatura  
se esfuerza por calentar.  
Con sus harapos la cubre,  
contra su seno la oprime,  
y mas bien que canta, gime  
sentidísima cancion;  
mientras el otro niño  
con trémula voz:  
«¡Dad limosna, clama,  
por amor de Dios!»

La animacion de la estatua, la descripcion de la belleza de Julietta, la fantasia de Italia, la *reverie*, y las muchas divagaciones fantásticas de que está sembrado el poema, manifiestan hasta qué grado posee el autor imaginacion fecunda y elevacion poética. En la pintura de los afectos tiene siempre el lenguaje robustez y color. Tres veces describe el amor, y siempre halla algunas de esas expresiones vigorosas que prueban que el poeta sabe sentir. ¡Cuánto mas energética y verdadera es la pintura que de este sentimiento hace en el cuadro segundo, que la célebre y decantada de la *Aminta* del Tasso!

A veces emplea el señor Quevedo en las descripciones gran concision y propiedad de imágenes, como cuando se entretiene en analizar los efectos de la vibracion de la voz en un teatro, y cuando bosqueja con burlesco y fácil pincel la emocion que produce en el público una melodía sentimental de Schubert:

Aqui una melancólica suspira,  
una nerviosa allí suda y padece,  
acullá una volcánica delira,  
otra, nieve animada, se estremece,  
y mas lejos un vate cabelludo  
en su asiento se está ¡qué asombro! mudo.

Tambien en el género descriptivo merece citarse aquella comparacion natural y bellísima:

Cual la madre cariñosa  
que en su seno al dulce fruto  
de su amor, blanda acaricia  
con tiernísimos arrullos,  
y lo oculta en su regazo,  
y se opone, vivo escudo,  
entre el párvulo inocente  
y los peligros del mundo, etc.

Como muestra á un tiempo de correcta versificacion, de estilo brioso, de diction atrevida y de inspiracion poética, vamos á transcribir las notables estrofas con que principia la parte segunda:

¡Cuánto al cansado espíritu  
y al corazon humano  
cruzar es grato el piélagos  
del tiempo ya lejano,  
y en el hogar antiguo  
con el ausente amigo  
membrar en dulce plática  
la dicha que pasó!  
Y descuidando el vértice  
de la presente vida,  
las ya dobladas páginas  
de la vital corrida  
pasar una por una,  
desde la tierna cuna  
hasta el aciago término.  
que el cielo al goce dió!

¡Aquel espacio efimero  
de la feliz infancia,  
edad de amor angélico,  
de púdica ignorancia;  
edad en cuya historia  
la rápida memoria  
vá revolando aligera  
de la una á la otra flor!  
Edad cuyas imágenes  
en la region sombría  
de lo pasado, atónita  
la ardiente fantasia  
contempla, libres, puras  
sus blancas vestiduras,  
del indeleble estigmata  
del crimen ó el dolor!

Y en el exámen rápido  
de la pasada historia,  
á cada paso, fúnebre  
despierta una memoria;  
y el alma lacerada,  
marchita, deshojada  
ve la corona espléndida  
que fué su juventud!  
Aquí, la sombra pálida  
de una muger querida:  
allí, el recuerdo lúgubre  
de una ilusion perdida:  
aquí el amigo anciano,  
allá el amado hermano,  
despojós ¡ay! inmemores  
del lóbrego ataud!

Sin embargo, el estilo de *La Segunda Vida*, aunque lleno en general de firmeza y desembarazo, esta lejos de tener siempre tan esmerada correccion, y entonacion tan armoniosa y robusta. La precipitacion con que está escrito el poema, no podia dejar de haber producido algun desaliño, poco perceptible sin embargo en una obra de la estension de *La Segunda Vida*.

Con respecto á la verificacion, los trozos citados dicen mas que cuanto pudieran fervientes alabanzas. No obstante, nuestro sistema de severa imparcialidad nos impide ocultar que algunas veces, muy pocas, se hallan versos de acentuacion imperfecta que ni aun la prisa puede disculpar, en un poema donde la versificacion es casi siempre tan armónica y numerosa.

No queremos terminar este artículo sin parar un momento la atencion en el elegante prólogo de *La Segunda Vida*. No discutiremos con el autor si la *Comedia humana* de Balzac, tan profunda, tan universal con respecto á las costumbres, abarca suficientemente todos los elementos de la civilizacion presente, para poderla llamar la *Epopéya del siglo XIX*: tampoco discutiremos si admitido el amplio sistema que el autor adopta, no se echa menos el nombre de un ingenio eminente, cuyas obras son eco tan universal, tan íntimo, tan absoluto de la humanidad, como las de alguno de aquellos que coloca en la cadena épica, que hace principiar en Homero, y que podria comenzar en los magníficos poemas del Oriente ó en los libros sagrados; pero afirmaremos, sí, que el bosquejo rápido que el señor Quevedo hace de la marcha y carácter de la poesia épica, está escrito con buen gusto y alto criterio.

En suma, *La Segunda Vida* es una obra notable, en la cual si hay momentos felices de narracion fácil y animada, si hay tambien rasgos de poesia satírica incisivos y originales, descuellan principalmente las cualidades del poeta lírico, y del poeta lírico no solo de fantasia sino de corazon, ccsa es verdad nada comun en nuestro suelo. Por nuestra parte confesaremos que cuando el autor sueña, describe ó siente, nos cautiva mas que cuando condena ó satiriza: burlon ó severo, es el poeta tal cual lo ha hecho la sociedad: tierno, fantástico; ó adorador de la naturaleza, es el poeta tal cual lo ha hecho Dios.

El poema, en una palabra, honra al señor Quevedo, pues al paso que confirma y aun levanta la opinion aventajada que como literato le han grangeado anteriores producciones, manifiesta asimismo que posee dos prendas de carácter, que nosotros tenemos en mas todavia que el talento poético: sensibilidad y rectitud de corazon.

París, noviembre de 1851.

LEOPOLDO A. DE CUETO.





POLKA.

PIANO.



A musical score for piano, consisting of four systems of staves. Each system has a treble and bass clef. The first system is in G minor (one flat). The second system has a repeat sign and a second ending. The third system includes fingerings (1, 2, 3) and dynamics (p, f). The fourth system ends with a double bar line and repeat dots.





## UN WALS DE STRAUS.

Dontor.—You see her eyes are open.  
Gentlewoman.—Ay, but their sense is shut.  
SHAKESPEARE.—MACBETH.

I.

En la noche de San Silvestre había baile en la corte. Aca- baba de entrar la gran duquesa en la galería en que se hallaba la música del regimiento *Krahwinkel*, seguida de la señorita de Wolkenstein, su camarera mayor, cuya aparición causó una sensación mas profunda que la de la misma gran duquesa, y cuyo tránsito por los salones escitó observaciones mas ó menos benévolas.

—No concibo cómo haya persona que se atreva á venir al baile con un vestido sencillo de muselina, sin adornos en la cabeza, sin encajes ni pedrerías, exclamó Mad. de Rothenwald.

—No sucedía esto en mi tiempo, dijo, tomando un polvo de tabaco, la anciana condesa de Nollingen, ex-gran maestra de ceremonias de la corte. Ni semejante cosa hubiera sucedido entonces, ni la difunta gran duquesa lo habría permitido. Pero en mi tiempo estaba la corte de otra manera, y hubiéramos enseñado muy pronto sus deberes á una fatua como esa Ottilia de Wolkenstein.

—Tia, tia, interrumpió la jóven Estefanía; ¿habeis visto el ramillete que tiene Ottilia en la mano? Está formado de magníficas rosas de Alejandria.

—¿Que estás diciendo, muchacha! replicó Mad. de Nollingen; ¿rosas de Alejandria! ¿Por San Silvestre! ¿Estás loca? No se hallarian en este tiempo ni aun en los invernales del gran duque.

—Y sin embargo dice bien Estefanía, replicó Mad. de Rothenwald; yo misma he visto el ramillete de Ottilia, y desearia saber quién se lo ha dado.

—Habrá sido el príncipe, dijo la ex-gran maestra con un gesto de impaciencia.

—Oh! no ha sido él, tia; y si Ottilia no tiene cuidado, se le escapará el príncipe, que está ya medio enamorado de la bella lady Emily.

—¿De esa inglesa cuyos largos cabellos caen hasta su cintura? preguntó Mad. de Rothenwald.

—De la misma: ella le habla de perros y de caballos, y podría muy bien suceder que encontrase Ottilia en ella un peligroso rival. Pero volviendo al ramillete, me parece que he adivinado el misterio. El domingo estábamos en el palacio de la gran duquesa, y dijo Ottilia delante del mayor d'Ebersdorf que daría cuanto se le pidiese por un ramillete de rosas de Alejandria para el baile de esta noche. Ya sabeis que hay en Dilsheim un americano viejo inmensamente rico, y que emplea todo su caudal en cultivar las flores, de modo que en su casa se hallan las mas raras, lo mismo en el mes de enero que en el de junio.

—¿Y qué prueba todo eso? interrumpió Mad. de Nollingen.

—Esperad un poco, tia: el señor d'Ebersdorf salió de F... ayer por la noche, y regresó esta mañana, justamente al tiempo en que entraba de servicio en palacio.

—¿Y creéis, dijo Mad. de Rothenwald, que Federico haya estado caminando toda la noche para ir á Dilsheim por rosas para la Wolkenstein? Era preciso que estuviera enamorado de ella.

Estefanía se echó á reír.

—¿Cómo estais, mi querida Mad. de Rothenwald, que no habeis observado que hace cuatro semanas que no baila el cotillon sino con ella! ¿No sabeis que está locamente enamorado de Ottilia?

—Sobrinita, dijo Mad. de Nollingen: harías muy bien en no ocuparte de los negocios ajenos, eres muy curiosa y parlanchina; y estos son dos defectos á cual mas intolerable.

—Mi tia no me regaña jamás hasta que me ha hecho decir todo lo que sé, murmuró Estefanía.

—Si Ebersdorf ama á Ottilia, prosiguió Mad. de Rothenwald, esto podrá explicar por qué se ha opuesto, á pesar de las instancias de la corte, á dar la mano á Enriqueta de Frankenthal. Antes de ayer el gran duque, que tiene empeño en este matrimonio, dijo al conde que le daría la placa del Pelicano el día en que fuese esposo de Enriqueta.

—¿Y rehusó? preguntó Mad. de Nollingen.

—Pidió cuatro días para reflexionar.

—¿Cuatro días para reflexionar cuando se trata de la placa del Pelicano! ¿Reflexionar sobre semejante favor, y no tiene veinticinco años! ¿Señor, señor! Cuando pienso en que mi hermano no alcanzó la cruz pequeña sino cuando tuvo treinta y nueve, y la placa á los cincuenta y seis, y que mi difunto esposo no recibió el gran cordon sino diez días antes de su muerte, á los setenta y cinco años, y eso despues de haber sido copero mayor, y gran chambelan, é intendente del teatro de la corte. ¡Ah señora, y cómo han cambiado los tiempos!—Y la anciana condesa se levantó y fué á desahogar su indignación en una de las salas de juego.

Mad. de Rothenwald se asió del brazo de Estefanía y fueron á ver una contradanza.

—Es extraño, Estefanía; mira á Ottilia bailando con el gran escudero, y á Ebersdorf con Enriqueta á su frente.

—Eso consiste en que S. A. R. ha mandado al mayor que baile la primera francesa con Enriqueta. ¿Pero habeis observado Ottilia en cuanto ha visto su *vis á vis*? Estoy convencida de que está furiosa, y que le costará caro á Federico el haber bailado con la Frankenthal, porque la detesta.

—¿Creeis que ella ame al conde?

—¿Quién, la fria y orgullosa Ottilia? Es incapaz de amar, y aun cuando amase, moriría mil veces antes de manifestarlo. Sin embargo, creo que ella querria dominar á Mr. d'Ebersdorf como domina á todos los hombres que la rodean.

—En este caso, no creo que lo consiga, porque Ebersdorf tiene un carácter tan indomable como el suyo. El amor entre ellos dos seria un duelo á muerte, pues ambos son á cual mas orgullosos.

Ottilia de Wolkenstein, objeto de esta conversacion, parecia creada para realizar el tipo ideal de la dignidad femenina, porque en efecto no se podría hallar una forma de cabeza mas clásica, ni ficciones mas puras y perfectas. Sus magníficos cabellos de un rubio oscuro, separaban sobre un frente

imperial; su mirada orgullosa, y el desden habitual de su boca parecian decir que no existia en la superficie de la tierra nada que fuera digno de ella. Educada en la corte y á la vista de la gran duquesa, que le manifestaba un afecto casi materno, fué muy pronto Ottilia el objeto de los homenajes del pequeño círculo que la rodeaba. Su estremada belleza unida á su posición, encadenó á sus pies á todos los hombres del gran ducado, empezando por el príncipe hereditario. Los triunfos que alcanzaba, y la adoracion y la envidia que la seguía adonde quiera que fuese, ahogaron muy pronto en ella el germen de sensibilidad y de amor que toda muger tiene en su corazón, y aumentaron hasta el exceso la sed de dominio que todas sienten. Para Ottilia vivir era reinar, pero reinar sobre todo el mundo á la vez.

Demasiado fria para apreciar en su verdadero valor el sentimiento que otro experimentase por ella, no exigía tanto un amor exaltado y profundo, cuanto la mas completa abnegación de la voluntad, y una obediencia ciega á los caprichos de su amor propio. A pesar del desden que oponía á todas las solicitudes, y tal vez á causa de este desden, se vió rodeada de aspirantes desesperados y locamente enamorados: no se le acercaba un hombre sin que perdiese la cabeza, y ninguno de ellos podia explicar la causa del raro prestigio de aquella jóven orgullosa. Los unos la atribuían á una influencia magnética, los otros á su aire de calma y de serenidad real que seducía y atraía como el aspecto de un hermoso lago trasparente en el que se refleja un cielo sin nubes. Otros pensaban hallar el secreto de su seducción en el sonido de su voz, argentina y deliciosa, á que nada resistía. Mas aun cuando no podian adivinar la causa de su poder, no por eso dejaban de sentir los efectos, y todos continuaban adorándola sin esperanza.

Concluida la francesa, procuró conducir el gran escudero á Ottilia á su asiento, pero la multitud les impedía avanzar muchas veces.

En una de estas paradas forzosas se encontraron detrás de lady Emily y de su madre.

—No te comprendo, Emily, decía esta última; ¿por qué has rehusado el cotillon á Mr. de Thalheim?

—Porque casi estoy segura de bailar con el príncipe.

—Con el príncipe! cómo, ¿te ha dicho ya algo?

—No; pero no hace mucho que me preguntó si había visto las caballerizas del gran duque, en seguida si me gustaba bailar el cotillon; y al oír mi respuesta afirmativa, dijo: *á mí también*. Esto es lo mismo que si ya me hubiera sacado.

La mamá meneó la cabeza con aire de incredulidad. Ottilia, que había oído este diálogo, gracias á sus conocimientos en el idioma inglés, se propuso trastornar los planes y burlar la esperanza de lady Emily.

—¿Quién es el feliz mortal con quien vas á bailar el vals de la media noche (1)? preguntó la gran duquesa sonriéndose á su bella favorita, en el momento en que se oyeron á las once y media los primeros compases de la *Gabriela*, la perla de los vals de Strauss. Apenas tuvo tiempo Ottilia de nombrar á Mr. d'Ebersdorf, cuando este venia ya á reclamar su pareja.

Es imposible concebir el efecto de estos vals deliciosos, á menos de haber pasado algun tiempo en Alemania: valsés á veces locos y alegres, á veces melancólicos; ya tiernos y ya guerreros, entusiasmando y enterneciendo á manera de una inspiración á los mismos que los bailan; porque en un baile alemán la música y la danza no son cosas separadas, sino partes del todo; de suerte que tan necesarios son para un vals de Strauss el ruido de las espuelas, el roce de las sedas y el sonido de los pies, como los instrumentos de la orquesta.

Al punto de media noche el vals se interrumpe, la orquesta saluda con alegres armonías la llegada del nuevo año, todos se abrazan, se besan, todos se felicitan, todos gozan. En medio de este júbilo infernal, Federico quiso tambien disfrutar el dulce privilegio que le daba este instante tan deseado; pero al inclinarse para estampar sus labios sobre la frente de Ottilia, esta hirió su amor propio terriblemente. Su política y otros sentimientos mas dominantes no permitian al conde olvidar esta promesa; así fué que al momento en que se disponía el cotillon, vino á recordarle su compromiso aparentando alguna frialdad.

—Dignaos perdonar mi mala memoria, contestó Ottilia con aire desdenoso, había olvidado lo que quereis recordarme, y acabo de comprometerme con otro.

Federico temblaba de cólera.

—¿Puedo tener el honor de saber con quién? preguntó esforzándose á manifestar serenidad.

El príncipe lo interrumpió dando la mano á Ottilia y diciendo á voces á Federico:

—Mr. Ebersdorf, hacéndonos el gusto de dirigir el cotillon.

Federico se colocó con la señorita de Frankenthal á la izquierda de su alteza. En este instante lady Emily y su madre atravesaron el salon y se retiraron.

La casualidad y las mil y una figuras de este caprichoso baile, hicieron que Ottilia y Federico se hallasen juntos algunos momentos, y casi solos.

—Os doy gracias, señorita de Wolkenstein, dijo el conde con tono despreciativo, os doy gracias por la leccion que acabais de darme: os habeis colocado tan alto ó tan bajo, que no puedo menos de agradeceros que me hayais abierto los ojos en tiempo oportuno.

—¿Qué quiere decir esto, señor conde?

—Que yo no tengo nada que ver con las queridas de los príncipes.

La orgullosa Ottilia apenas tuvo tiempo de contestar con una terrible mirada á tan ultrajadoras palabras, porque su real compañero la tomó para bailar, en aquel instante en que por primera vez de su vida se veía profundamente humillada y despojada de su calma y dignidad habituales. Sin embargo, ocultando la rabia que devoraba su corazón bajo una apariencia de ligereza, recibió las atenciones de todos y las del príncipe, á cuyo lado permaneció durante la cena y casi el resto del baile.

El siguiente día, al levantarse el gran duque, Mr. Ebersdorf pidió á su soberano el permiso para casarse con la seño-

(1) El vals de la media noche de San Silvestre es muy deseado por todos los bailadores, porque al sonar la primera campanada del reloj, que toca la última hora del año, se tiene el privilegio de dar un beso á su pareja.

rita de Frankenthal y un destino fuera de sus estados; y á los cuatro dias, verificado el matrimonio delante de toda la corte, Federico marchó con una comision especial para San Petersburgo, llevando consigo su muger y sus despachos.

II.

El siguiente año fué muy fecundo en acontecimientos importantes para la ciudad de F... el matrimonio del príncipe heredero con una princesa de \*\*\* dió lugar á innumerables festividades y á la fundacion de una orden de mérito civil, que puso en inquietud á todos los consejeros del ducado. El maestro de capilla de la corte se escapó con la *prima donna* del gran duque, causando un escándalo prodigioso. El montero mayor cayó de la gracia de su alteza por haber dicho que Napoleon era hombre de genio; y la señorita Ottilia de Wolkenstein se hallaba gravemente enferma de un mal desconocido para los médicos del gran duque: algunos opinaban que se había constipado en el matrimonio de Mr. Ebersdorf, porque despues de la ceremonia fué atacada de convulsiones que duraron tres horas, y de una calentura casi incesante que la obligaron á guardar cama seis semanas; y como despues de este tiempo seguía sufriendo crueles ataques de nervios, en los cuales llevaba la mano al corazón, queriendo arrancárselo con gesticulaciones delirantes y convulsivas, creyeron los facultativos que el mal procedía de una estremada sensibilidad y de algun tormento que ocultaba en su corazón. Desde luego le fueron prohibidas casi todas las diversiones en que podía recibir alguna emoción, y muy particularmente la del vals, por haberse hallado casi á la muerte despues de uno que bailó en el matrimonio del príncipe.

Trascurrido un año, como se ha dicho, volvió á tener lugar el gran baile de San Silvestre, al cual concurría toda la corte, y Mr. Federico Ebersdorf y su esposa, llegados hacia tres dias de San Petersburgo. Ottilia mas postrada que nunca tuvo que quedarse en cama, donde a gran duquesa antes de pasar á los salones colmó de besos su preciosa frente aletargada por un sueño profundo.

Un armonioso y animado vals convidaba á las parejas mas brillantes de la corte, y Mr. Ebersdorf aguardaba impaciente que el gran duque acabase de demostrar el famoso plan de una cacería de conejos que proyectaba, para correr á buscar su pareja; cuando de repente se notó un movimiento general: la música se interrumpió, paró la danza, hombres y mugeres se agrupaban, y en medio de esta confusion universal se vió aparecer una muger vestida de blanco, que atravesando el salon se dirigió á Mr. Ebersdorf y le dijo con un tono dulce y encantador:

—Federico, ven á valsar: esta vez valsaremos juntos.

—¿Ottilia! fué lo único que pudo articular el conde, retirándose como asombrado de ver un espectro delante de sí.

—Por Dios, señor conde, dijo el médico de su alteza que examinaba atentamente á la señorita de Wolkenstein, nó la contrarieis, hacéd lo que quiera, porque si la despertais podreis matarla: está dormida.

Federico se hallaba inmóvil contemplando aquella fantasma que se le presentaba como un triste y amargo recuerdo de lo pasado; aquella soberbia criatura abatida por la desgracia, destruida por el sufrimiento; sus grandes ojos azules, como aterrorados sobre un objeto invisible; su frente real y majestuosa donde parecian estendidas las alas sombrías del ángel de la muerte; aquella orgullosa Ottilia que blanca, pálida, inanimada como una bella estatua de mármol, venia en su sueño á visitar el campo de sus antiguas victorias; y al sentir el hielo de aquella mano que apretaba la suya, le parecia que todo era un sueño, una ilusión, una cosa demasiado horrible para ser verdad.

—Ven, Federico, repitió Ottilia, ¿qué aguardas?

Ebersdorf la siguió maquinalmente y el vals empezó. Ligeramente como el aire perfumado por las flores, vaporosa como una sombra escapada de las tumbas, Ottilia volaba sobre el pavimento sin que nadie pudiese percibir el ruido de sus pasos.

Cesó el vals.

—Aquí hace mucho calor, vamos á tomar el aire, dijo ella, conduciendo á Federico al balcon principal, desde donde se veian los jardines del castillo.

La tierra reposaba bajo el manto virginal de la nieve al pálido resplandor de la fria luna de invierno, que matizaba de azuladas sombras aquella silenciosa magnificencia: todo callaba en el cielo y en la tierra, hasta el viento dormía sobre las ramas deshojadas de los árboles, sin que la naturaleza exhalase ni un solo suspiro para revelar su melancolía.

—¿Qué profunda tranquilidad reina en estos sitios! dijo Ottilia haciendo sentar á Ebersdorf á su lado: ¿ves, Federico, aquellos sauces solitarios al borde del estanque? ¿Y oyes á Desdémona y Ofelia que lloran á su sombra (1)? ¡Ah, Federico, yo tambien he llorado, he llorado durante un año! ¡yo tambien he sufrido! Pero no era necesario sufrir para comprar la felicidad que gozo en este momento? ¡Qué cosa tan sublime es la felicidad! ¡En mi dolor, Federico, ¿lo creeras? mal dije á Dios... y ahora soy dichosa! Dios ha entrado en mi alma como un torrente de hermosa luz. ¡Santa religion del amor! ¡Me prosterno delante de tí, y en tus aras oigo los celestes coros de los ángeles, y veo las puertas de la vida eterna abiertas para mí!... ¡Federico! ¡mi bien! pon tu mano sobre mi corazón: ¿sientes este corazón que estaba tan enfermo? él se lanzaba siempre hacia tí; ¡pero tú estabas muy lejos! ahora... ¡oh! ahora esta tranquilo porque ya estas á mi lado.

—Miserable, insensato! exclamó el conde, olvidando en la violencia de su desesperacion las precauciones del doctor: ¡todo se acabó! ¡mi felicidad, mi porvenir, mi vida! ¡perdidos, perdidos para siempre! ¡todo sacrificado al infame orgullo!

—El orgullo! repitió lentamente Ottilia... ¡por él he sufrido yo tanto! ¡el orgullo... y despues los celos! Sí, Federico, los celos me devoraban: ¿por qué bailaste con ella? ¿no veias que desgarrabas mi corazón? ¿Y las rosas que tú me diste, dónde estan? ¡Ah! ¡me parece que respiro todavía su aliento perfumado! ¡Y aquel beso! Federico, ¡negarte yo aquel beso! ¡Si tú supieras todo lo que yo sentía!... Dime, Federico, ¿amas á Enriqueta? respóndeme; ¿la has amado alguna vez?

—Jamás, dijo el conde.

(1) Desdémona y Ofelia, mugeres de Otelo y del Hamlet de Shakespeare.



—Y á mí ¿ me has amado siempre?  
 —Mas que á mi vida, respondió él ocultando el rostro entre sus manos.  
 —¿Qué porvenir de amor y de felicidad se abre ante nosotros! exclamó Ottilia; si, nosotros atravesaremos la vida aporados uno sobre el otro... ¡Dios mío, cuán feliz soy ahora!  
 Y cesó de hablar, dejando caer su cabeza en el pecho del conde: sus labios se agitaban dulcemente aunque ninguna expresión salía de su boca, y sus ojos, aun abiertos, parecían participar del anonadamiento en que se hallaba su alma. Así permaneció hasta que se oyeron las primeras notas de un vals de Strauss: entonces levantándose de repente, y tomando de brazo á Mr. Ebersdorf:  
 —¿Lo oyes? exclamó, el vals de media noche, Federico, ¡el mismo vals de ahora un año! la *Gabriela*, mi vals favorito: ven, lo bailarás conmigo... ¡siempre conmigo!  
 Y se lanzó en medio del salón valsando con una especie de furor, sin detenerse ni una sola vez, como impelida por un torbellino; ¡aprisa! gritaba, ¡mas aprisa! sin que la música ni el mismo Federico pudieran ya seguirla en aquel vals desenfrenado, cuando sonó la primera campanada de las doce: entonces, estenuada y desfallecida cayó en los brazos del conde, y con voz agonizante gritó: —¡Aquel beso!... Federico, ¡aquel beso que yo te negué!... ¡ah! ¡tómalo, tómalo!  
 —¿Ottilia, vida mía, mi única amada! exclamó Federico fuera de sí, estrechándola contra su pecho y sellando sus labios con apasionados besos.  
 Un grito espantoso salió de la boca de Ottilia, que se arrancó violentamente de los brazos del conde.  
 Y cayó á sus piés sin movimiento.  
 —¿Qué habeis hecho? señor conde, gritó el gran duque, ¡la habeis despertado!  
 —El peligro pasó, dijo el doctor, ya nadie la despertará.

REVISTA DE TEATROS.

Vamos á entrar en días en que los teatros despliegan toda su actividad, revuelven sus repertorios, y dan á luz sus trabajos de Navidad, áncora de salvación de los empresarios, y á cuyas funciones corre el público con avidez, ansioso de celebrar el nacimiento del Salvador del mundo. Los padres de familia vuelven á casa cargados de rabeles, chicharras, panderetas y nacimientos; pero los chiquillos no se dan por satisfechos si el papá no les ofrece llevarlos al teatro á una de las funciones de Navidad: en todas partes se hacen preparativos gastronómicos; se pasa revista á los pavos y á las cajas de Alicante, y después de asegurarse de que todo está en regla y de que las provisiones pueden resistir victoriosamente á un rudo embate, todo el mundo advierte un vacío en el programa de las fiestas domésticas: no se ha pensado en el teatro, y es preciso, indispensable asistir á algún coliseo. El oficinista, el hortera, la viuda, el jubilado y el cesante; el rico y el pobre, todos van al teatro en los días de Navidad, y las empresas tienen carta blanca para no ser muy escrupulosas en la elección de las obras dramáticas, en la seguridad de contar con el favor del público; pero dejemos para mas adelante el dar cuenta á nuestros lectores de las funciones de Pascua, y ocupémonos ahora de las representadas últimamente.  
 En el teatro del Príncipe se ha puesto en escena un drama en cuatro actos titulado *Andrés Chenier*, original de don José María Díaz. Este autor, que ha escrito algunas obras de mérito, y que versifica con tanta corrección, anduvo muy desahogado en su última producción. Quiso presentarnos en primer término, la gran figura del poeta francés muriendo en la flor de su edad, víctima del fanatismo revolucionario; y sin embargo cualquiera de los personajes que le rodean inspiran mas interés: el primer acto tiene lugar en la plaza pública en medio de la agitación de las masas populares; los tres siguientes en las prisiones de la Conserjería, donde se presentan escenas repugnantes que para nada sirven; figuran en el drama dos personajes muy importantes en la revolución de 93: Robespierre y Saint-Just, tratados con excesiva injusticia por el autor. Estos dos hombres no recorrian nunca las prisiones clamando venganza, ni gozándose en los sufrimientos de los prisioneros. Robespierre no necesitó nunca llevar de escolta una banda de hombres armados que le sirviera de protección. La escena que debiera haber producido mas interés, es la penúltima del acto cuarto, en que Chenier marcha á la guillotina; pero la situación angustiosa de la despedida se prolonga demasiado y pierde todo su efecto. La versificación es buena; la ejecución fué tambien muy esmerada; el drama se puso en escena con mucho lujo. El señor Romea hace cuanto es posible por complacer al público, presentándole continuamente obras nuevas; si las obras no corresponden á sus deseos no es culpa suya.  
 Probó segunda vez fortuna el teatro del Circo con la nueva zarzuela *El Castillo encantado*. El libreto tiene poco interés; está bien arreglado, y el traductor ha cumplido por su parte. La música vale poco: El público estaba bien dispuesto, y dió pruebas de ello en el acto primero, al oír unas seguidillas que le recordaban las del *Tramoya*; pero en las piezas siguientes se mostró adusto y severo, y así continuó hasta el final. La ejecución fué detestable: el mismo Salas estuvo amañado, haciendo algunas payasadas de muy mal efecto.  
 La dirección del teatro francés, deseando dar mas novedad á sus funciones, ha contratado á Mr. Laferrière, actor de mérito, que se presentará al público en los primeros días del próximo enero.  
 En el Instituto se ha ejecutado una ó dos noches una comedia detestable titulada: *Tres partidos ó una fusión necesaria*, que ha tenido el éxito que merecía. Posteriormente se ha representado una traducción de la comedia francesa *Le chapeau de paille d'Italie*: tiene escenas grotescas, y caracteres de brocha gorda: es una comedia muy á propósito para las funciones de Navidad, y hace reír. El traductor ha suprimido un acto y la ha arreglado muy á la ligera: la ejecución fué regular: hay actores de quienes no puede exigirse mas.  
 El célebre pianista Gottschalk dió su concierto en el Circo, y acudió á aplaudirle una concurrencia numerosa y escogida.  
 En el teatro Real, la Cerrito ha recibido tambien unánimes aplausos en el baile titulado la *Gissella*. La señora Mon-

tenegro volverá á presentarse en el *Hernani*, encargada del papel de Elvira.  
 Ya se han anunciado algunas de las comedias que deberán representarse el día de Navidad. En el Príncipe se ejecutará por la noche una comedia del teatro antiguo, refundida por don Eduardo Asquerino, y titulada *Entre lobos anda el juego*; un lindo baile en el que tomará parte la Petra Cámara, y una pieza ó sainete; por la tarde, tres piezas tituladas: *¡Llovidos del cielo! Me he comido á mi amigo*; y *Jugar con vino*: en esta última hay una gran parte de baile, desempeñando el señor Ruiz algunos pasos grotescos de mucho efecto.  
 En el Drama se representará por la noche la comedia *Jugar por tabla*, la tonadilla del *Tripili*, y la pieza nueva en un acto de don Manuel Bretón de los Herreros, titulada *Por poderes*. Por la tarde, la comedia *La boda fingida ó el poeta*, el sainete *El triunfo de Cachirulo*, y la tonadilla titulada *La tahona*.  
 En el Circo, *La Hechicera*, zarzuela nueva del señor Rubí; y si el señor Vega concluye la suya, titulada *La hija de la Zarzuela*, se pondrá tambien.  
 En el Instituto la comedia francesa *A caza de aventuras*, y dos zarzuelas que segun parece han obtenido ya la sancion del público valenciano y esperan igual éxito en Madrid.  
 Tambien la compañía de Variedades dará dos funciones el día de Navidad; por la tarde en el coliseo de la Cruz, y por la noche en su local de la calle de la Magdalena.  
 Grandes son los preparativos en todos los teatros; espere-remos el fallo del público; aunque el público tiene la manga muy ancha en estos días.

F. M.

UNA ORGIA.

EL LORD BYRON EN VENECIA,

por Leon Gozlan.

Tratábamos, amigos, de la inmortalidad del alma. ¿Es una verdad de sentimiento ó una verdad de razon? Es preciso saberlo, y para ello bebamos.  
 —Es una verdad de sentimiento.  
 —Peters, destapa esa botella de *Champaña* y dinos si sientes tu alma en alguna parte.  
 —Con el respeto que os debo, señor, no.  
 —Pues bien, llama á mi palafrenero, á mi cochero, á mis criados, y preguntales á todos si saben dónde tienen su alma.  
 —Es inútil, Byron. Será, si quereis, una verdad de razon.  
 —¿De razon? Por San Jorge! estaré loco, pero no creo en ella. Escuchad, amigos, esta es una disputa trivial. Creemos todos en un alma, como creemos en la Providencia, cuando no tenemos un cuarto. Cuando poseo mil guineas, soy ateo, bebo; cuando no tengo mas que quinientas, soy pirronista, discuto y dudo; cuando solo me quedan ciento, soy deista, creo; en fin, cuando he gastado la última, soy religioso, ruego y amo; porque es necesario tener un alma profundamente religiosa para amar. Todo es religion en el amor, y además ella misma es su manantial. Amad á una española y escuchad una misa de difuntos; vereis sus hermosos ojos negros seguros al traves de los pilares de una catedral, y mirad, debilitadas por el incienso, las pálidas luces que bañan con su sombrío resplandor la imagen de la virgen; tomad la linda mano de la castellana, ó mojad vuestros dedos en la pila de mármol del agua bendita; abogadla en vuestros brazos con sus lágrimas, sus gritos y su mantilla recogida, ó abismaos en un éstasis cuando el sacerdote eleva la hostia en el momento de consagrar; y después preguntad á vuestro corazón la diferencia que experimenta entre estas distintas emociones. Y así, amigos, rogar es amar: beber tambien es amar. En todas partes se hallan la religion y el amor. Vamos, os invito á todos á que bebais en esta copa.  
 Homero os hubiera dicho: «Agathos la habia adquirido de Osmindas; Osmindas la habia ganado á Triptolemo en los juegos del *Disco*; Triptolemo la habia recibido de Júpiter.» Yo os digo: Está llena de vino de Canarias. Bebed!  
 —Byron, estais loco! ¿qué idea ha sido la de engarzar en oro esa copa de marfil y haberla puesto por pie ese esqueleto, cuyos ojos huecos nos hacen burla, cuya boca parece que bebe con nosotros! ¿Byron, sois egipcio, y quereis hacer pagar á vuestros alegres amigos su escote con la tristeza?... Ya está con su fiebre y su melancolía: Peters, llevaos esa copa.  
 —Dejadla... voy á contaros la historia de esa copa. Un día encontré á una muger en una casa de juego; tenia una sociedad de pillos, banqueros, miembros del Parlamento, hijos de lores, duques y condes. En su casa, el mismo Sardanápalo se hubiera avergonzado; pero, ¡viva Jorge! en ella se gozaba mas libertad que en un palacio, señores: en ella no se medían el vino, la decencia ni el placer; en ella habia mugeres que nos embriagaban sin hacernos caer, á nosotros, gentiles-hombres. Si hubiésemos visto la mía, tomaba tabaco como *Southey* el poeta, y fumaba cigarrillos como un andaluz. ¡Pobre muger! la he amado...  
 ¡Oh! ya sabeis, señores, que he recorrido todo el mundo; he aspirado las rosas de Madrid, las pálidas anémonas de Portugal, los lirios de Francia. Hablemos sin mentir: he amado las mugeres lindas de todas las naciones; ha habido algunas que para verme á mí, á Byron, han escalado de noche las paredes de un convento: otras que por amor se han ahogado en el mar; otras que se han ido consumiendo sin decir el secreto de su mal. He reido como un loco; porque después de una, otra; el sol hace esto mismo con las flores: un día les da color, las abre; al siguiente las abrasa.  
 Pero ella, con su depravacion y sus cartas y sus dedos cargados de diamantes y su conversacion cínica y su embriaguez y su marido que le daba de golpes, no se borra un instante de mi imaginacion, y os diré por qué la amaba tanto.  
 Porque tenia un marido á quien envenené por mí; un hombre, jóven aun y hermoso, timbalero en el *Royal-Cumberland*. Su crimen la llevó al cadalso. Ya veis que fui la causa de su muerte; ¡ah! ¡dejadme llorar á la muger del timbalero!  
 —Pero, Byron, de la historia de la copa habeis pasado al recuerdo de una ramera, que no es ya mas que polvo!  
 —¡Polvo! en presencia de la muerte, al acordarme de una

pérdida tan grande, no soy materialista, señores. Creo en la inmortalidad del alma, en la resurreccion de la carne, en la remision de los pecados, en la vida eterna.  
 —Tendreis razen, Byron; pero no lloreis con tanto calor un día de embriaguez.  
 —¡Que no llore! No sabeis que la noche de su ejecucion me acerqué á ella, le corté la cabeza, y mandé berriv esta cabeza. No me la comí, creedlo! La despojé de los cabellos y la carne, y cuando estuvo pulida por la mano de un artista, un joyero de Milan me la engastó en forma de copa.  
 —¡Gran Dios! Byron, ¿nos habeis hecho beber en el cráneo de vuestra querida!  
 Y Byron cayó con la embriaguez como muerto debajo de la mesa.

ESPOSICION UNIVERSAL.

Objetos varios.

SISTEMA DE SEGURIDAD PARA LAS ARMAS DE FUEGO.

Los accidentes que ocurren con frecuencia y que son debidos á la falta de precaucion en el manejo y uso de las armas de fuego, nos ponen en la obligacion de hablar de un descubrimiento, que está destinado por las ventajas que ofrece á hacer olvidar los antiguos sistemas y á evitar la mayor parte de las desgracias que acontecen.  
 Las mejoras introducidas hasta aquí en la construccion de escopetas han tenido por objeto perfeccionar los medios de apuntar con exactitud; la que nos ocupa es muchísimo mas interesante, porque se dirige á hacer menos peligroso para el hombre el uso de un arma de fuego.  
 Las desgracias producidas por esta son de dos clases; 6 provienen de la ruptura del cañon, ó de los defectos del sistema, ó de los sistemas con que hasta ahora se ha fabricado.  
 M. Félix Fontenan, de Nantes, ha descubierto uno, cuya maravillosa sencillez vence todos los obstáculos.  
 Representémonos, en efecto, como lo indica el grabado, un gatillo, cuyo pasador contiene otro, en el cual se introduce una clavija de acero que se levanta y se baja; es consiguiente que la menor vuelta que se dé á esta clavija producirá un vacío entre el gatillo y la chimenea, y por lo tanto el arma, aunque cargada, quedará inofensiva. Los experimentos practicados han dado resultados satisfactorios, y no contento con esto, M. Fontenan ha completado su sistema empleando una nueva chimenea que puede adoptarse por separado.

BIBLIOTECA GIRATORIA.

Los hombres de estudio deben agradecer todas las invenciones que tienen por objeto ahorrarles tiempo y trabajo.  
 M. Derulle ha imaginado una especie de biblioteca giratoria cilíndrica. Se coloca junto al bufete y se le imprime un movimiento de rotacion, por medio del cual los libros, notas ó documentos, clasificados como se ha creído necesario, se presentan sucesivamente: cada tablero, por el peso de los volúmenes, guarda una posicion horizontal.  
 Es un mueble al que se puede dar toda la elegancia que se quiera, ó conservarle su primitiva sencillez, para que en él se una lo útil á lo barato, sin que por eso deje de prestarse á las combinaciones del lujo.

UN BAÑISTA.

Esta estatua, obra del hábil y entendido M. Poley, es una de las mas perfectas y acabadas entre todas las que han llamado la atencion de los inteligentes en el *Palacio de Cristal*. Sus formas aparecen modeladas con esquisita delicadeza, y la actitud del bañista revela el estudio concienzudo que su autor ha hecho de los grandes modelos antiguos.

MÁQUINA PARA REPARTIR BILLETES.

Nadie ignora cuán difícil es dar billetes de entrada, sin esponderse á perderlos, en las puertas de los teatros, de los museos, de las exposiciones, y de todos los sitios en que el público se aglomera.  
 Se ha inventado con este fin un procedimiento que parece muy sencillo y por medio del cual se pueden distribuir, sin equivocaciones, cuantos billetes se quiera.  
 Este aparato está, como se ve en el grabado que ofrecemos, distribuido de tal modo, que no puede repartirse un solo billete sin el movimiento del mango que se observa empuñado por la mano del distribuidor.  
 La máquina consiste en una pieza de metal colocada sobre un plano algo inclinado, de modo que con un movimiento solo y sin servirse de ambas manos puede el cobrador contar el dinero y dar el billete que se le pide. Desde el momento en que la pieza metálica queda desembarazada, un indicador señala el número de billetes despachados, y así es que no hay equivocacion posible en esta operacion.  
 Cada uno de los tres tubos que se notan contiene doscientas cincuenta piezas, y por consiguiente puede distribuir el aparato setecientos cincuenta billetes de entrada.  
 Ya se comprende fácilmente que puede calcularse la altura de los tubos en proporcion del número de billetes que deben contener.  
 Este instrumento es una prueba del carácter metódico inglés, para el que, todo lo que abrevia el tiempo es una de las mayores conquistas. Su refran *time is money*, el tiempo es oro, no espresa un pensamiento inútil: por otra parte, la máquina para distribuir billetes ahorra dos ó tres empleados.

FAROL ALEMÁN.

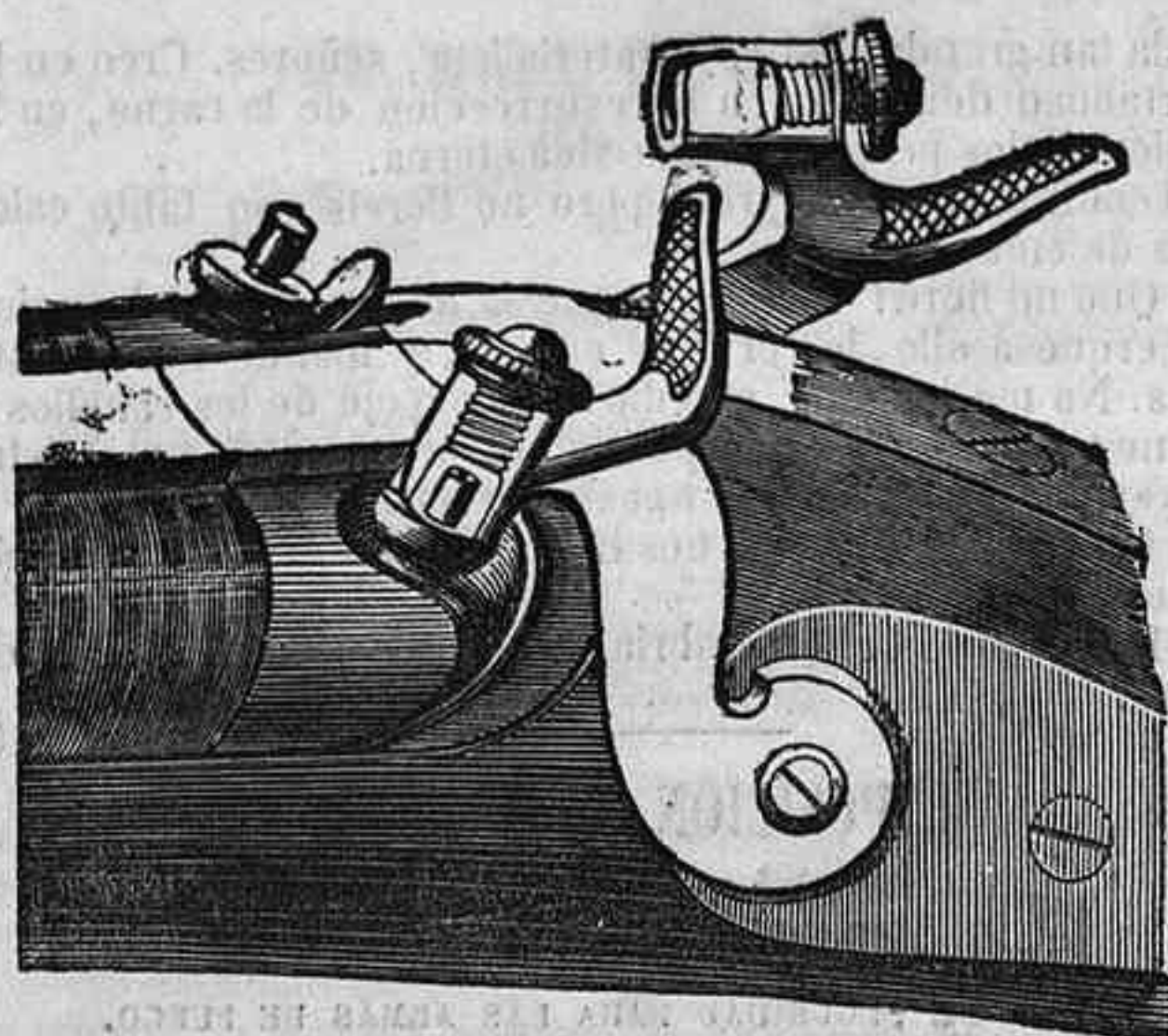
Los que han visitado la Exposicion, habrán visto en medio del departamento del *Palacio de Cristal* destinado á las naciones extranjeras, un farol elevadísimo de fábrica alemana. El grabado que de él presentamos basta para que nuestros lectores se enteren de su elegancia. Todo el pié es fundido y las esculturas de un mérito sobresaliente.

VASOS DE BIRMINGHAM.

Los secretos de la Bohemia desaparecen y nada tiene que desear ya la Inglaterra respecto á trabajos de cristalería delicados y lujosos. Los vasos, el frasco y las dos copas que se ven en el grabado, pertenecen á la fábrica de Bacchus é hijo. El menor de los vasos se compone, sobre un fondo blanco mate, de cristales de color de rubí: el mayor, de hojas de

REDACTOR Y PROPIETARIO DON ARCEL FERNANDEZ DE LOS RIOS





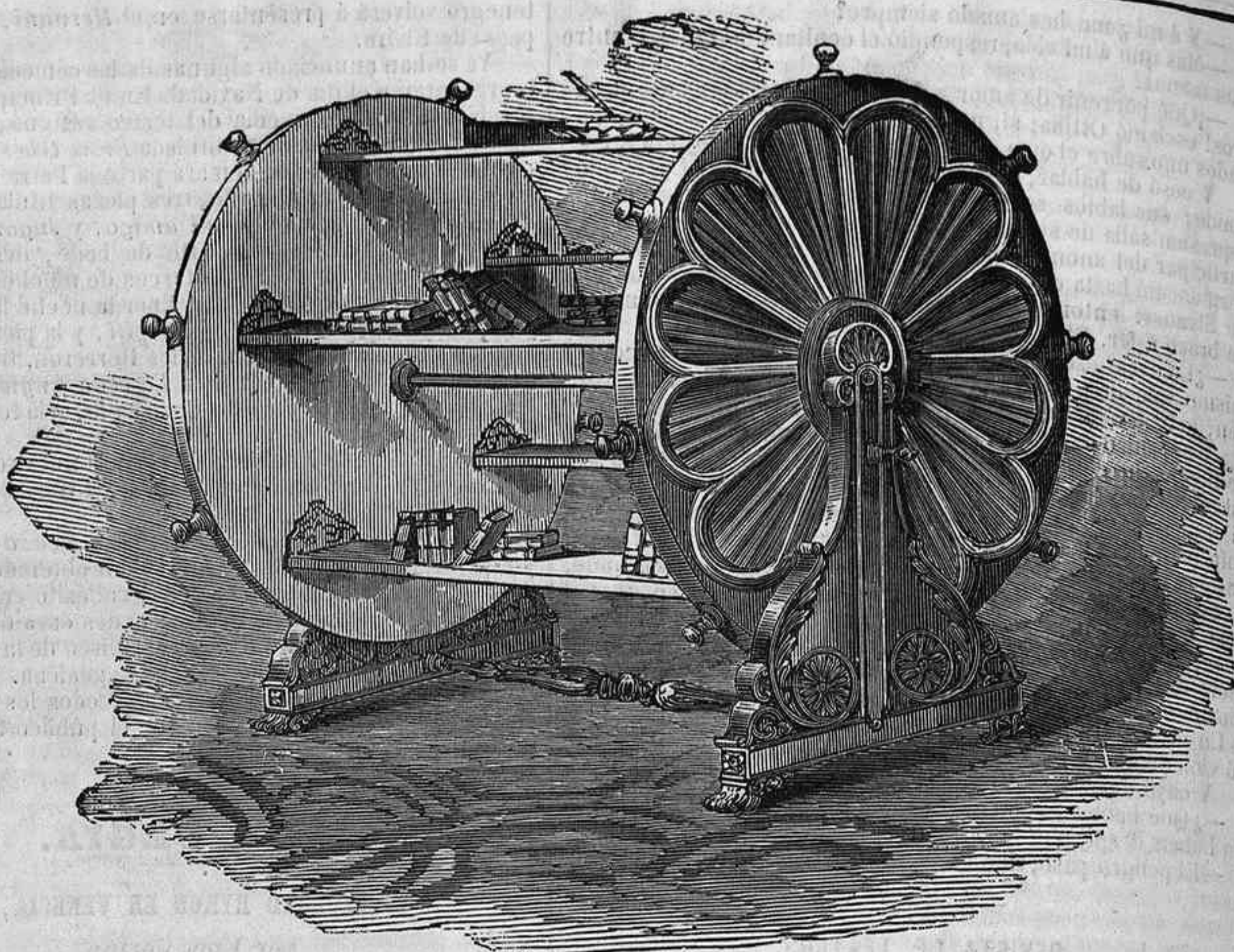
Seguridad para las armas de fuego.

yedra de varias dimensiones, todas incrustadas sobre ramas entrelazadas. El verde de las hojas es hermosísimo, y el trabajo esquisito de estos objetos prueba que las fábricas de cristales de Birmingham compiten ventajosamente con las de Londres.

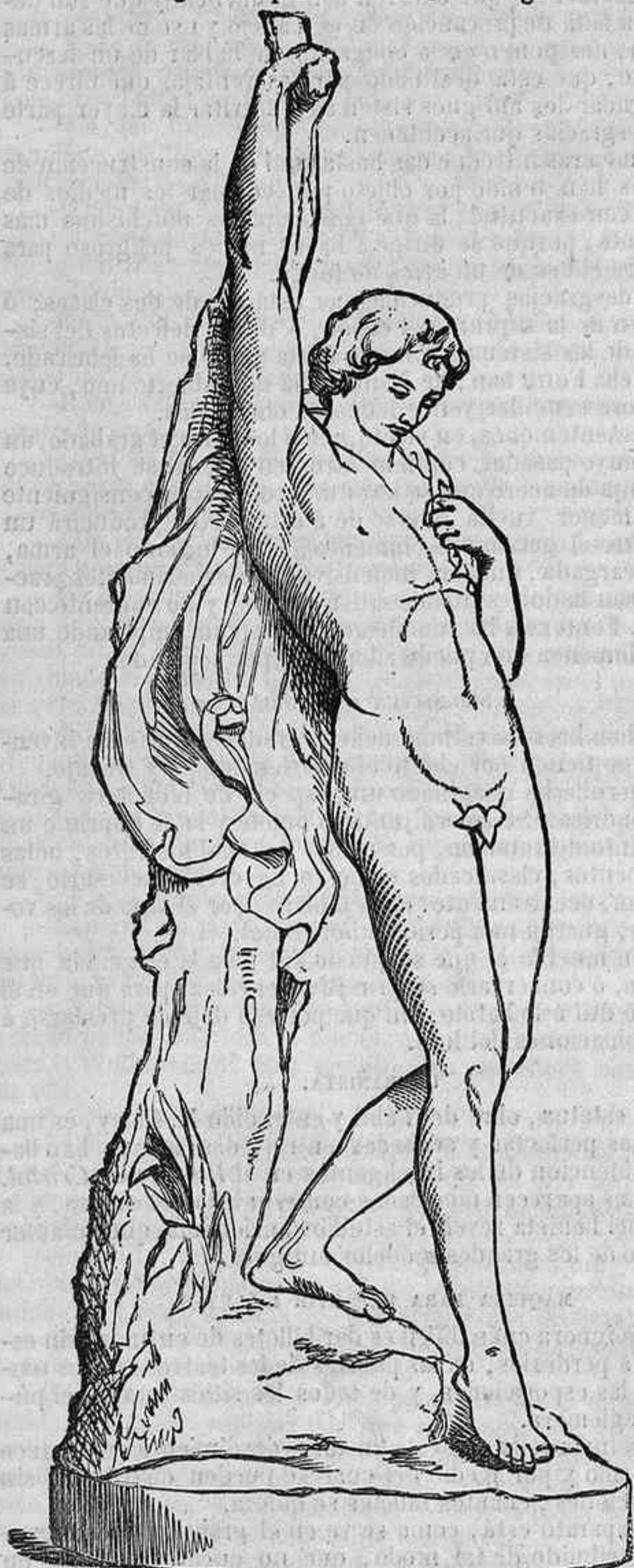
APAGADOR.

Prometeo, de mitológica memoria, robó el fuego al sol y lo regaló á los humanos: de este modo descontentó al dios de los dioses, y ya sabemos lo que entonces hubo.

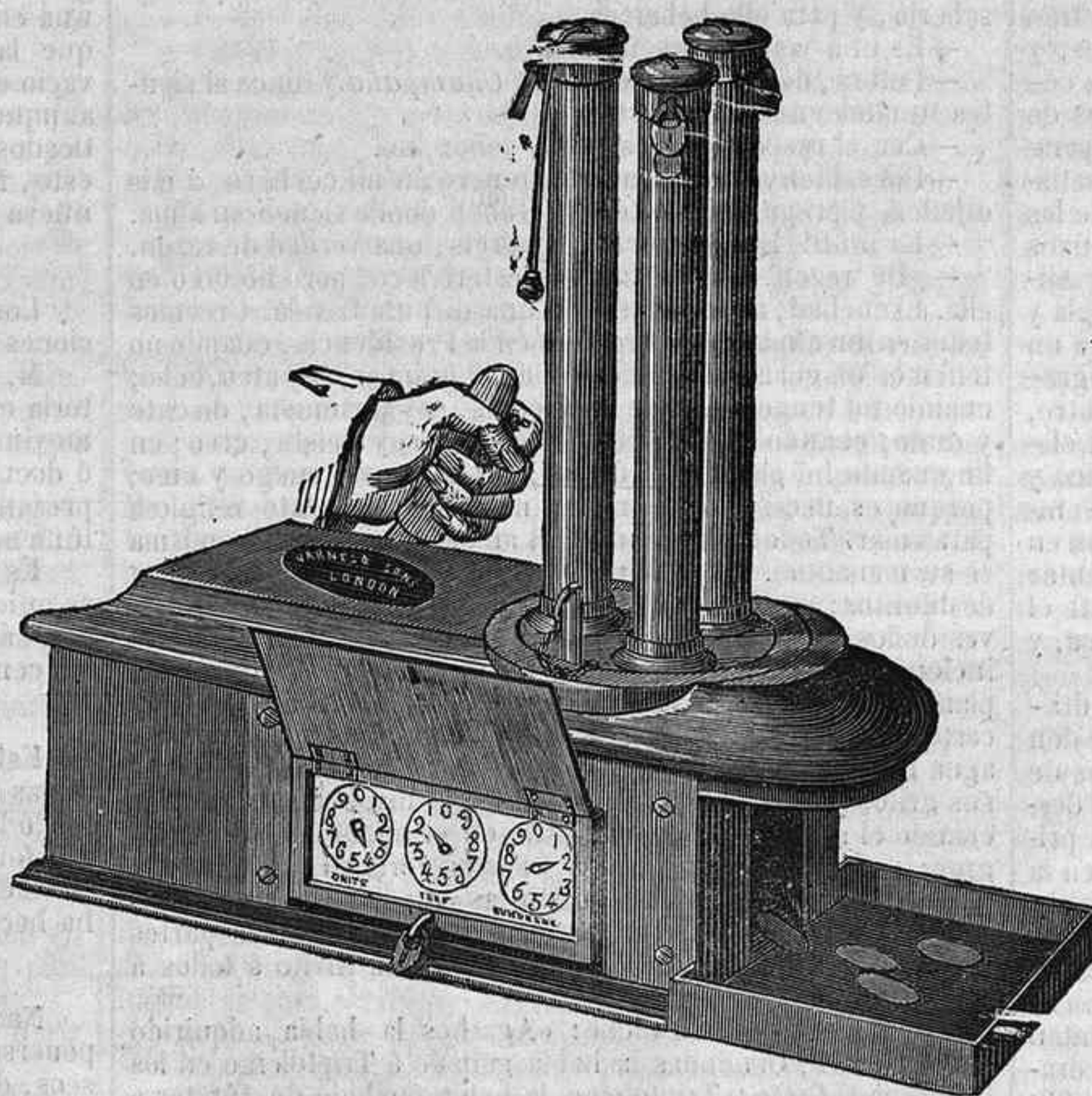
M. Philipps ha vuelto la oracion por pasiva, devolviendo el fuego al dios de los dioses, y persiguiendo las llamas con el mas decidido esfuerzo. Laudable tentativa, pero sumamente difícil.



Biblioteca giratoria.



Un bañista.



Máquina para repartir billetes.

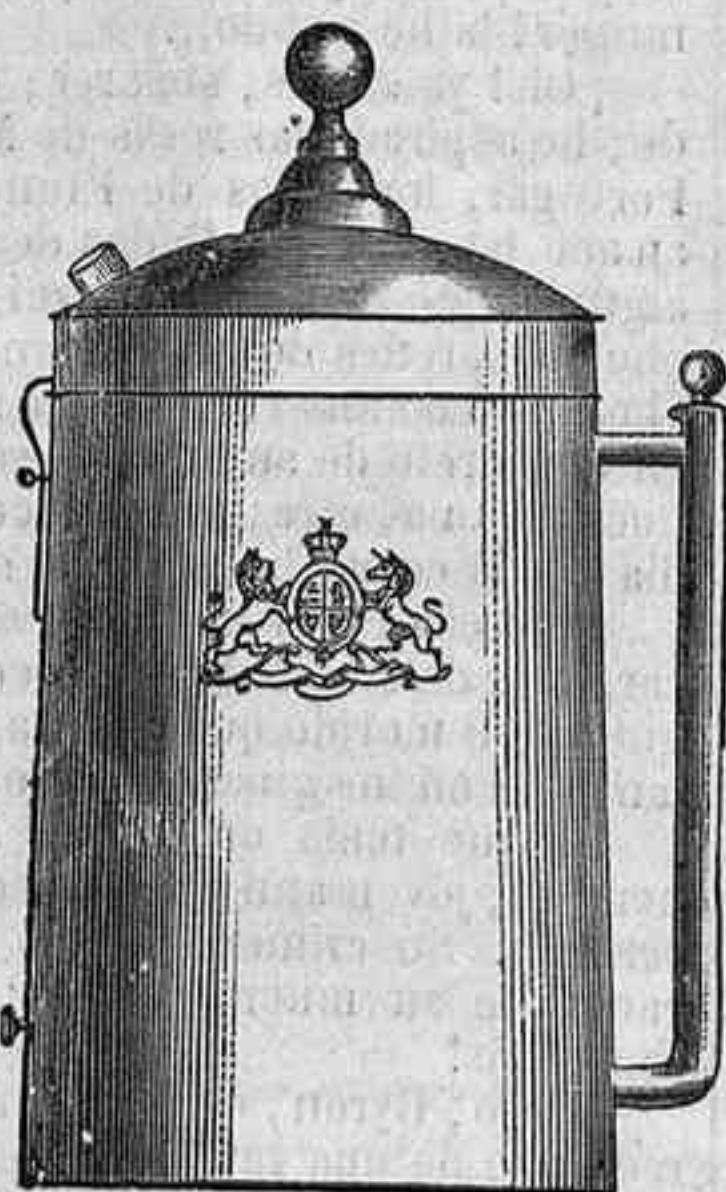
Tenemos á la vista y publicamos hoy el grabado del aparato con que M. Philipps, si hemos de creer al *Times*, al *Morning Herald*, en una palabra, á toda la prensa inglesa, ha vencido completamente al fuego.

La funcion de dicho aparato consiste en hacer salir, en caso de incendio, un vapor considerable que inunda el fuego, impidiendo que el aire alimente á este elemento destructor de las propiedades. Comprimir, ahogar el fuego es la resolucion del problema de M. Philipps, y por ella ha merecido los mas sinceros elogios.

Esto no obstante, parece que los esperimentos hechos con su máquina no han correspondido del todo á las esperanzas concebidas, lo cual puede atribuirse á la calidad de los ingredientes empleados para la produccion del vapor.



Vasos de Birmingham.



Apagador.



Farol aleman.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra Jacometrezo, 26.